

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.



LAS POSADAS.

I.

EN la casa de un corredor de número hay en el patio ochenta tercios de robalo, de camarón y bacalao, capaces de asfixiar con sus emanaciones al corredor y á su familia.

Entra un agente de negocios, tapándose las narices, y cuando ha llegado á la asistencia exclama:

—¡Cáspita! ó vendes el pescado, ó no hay posadas, compadre.

—¡Aquí está el compadre! grita un muchacho.

—¡Compadre de mi alma! entra diciendo la mujer del corredor; ¿ya le *pegó* á usted el constipado?

—No, comadre, el camarón del patio.

—Ya se lo dije *á ese*.

Ese era su marido; lo avisamos, para que cuando el corredor diga *esa*, se entienda también que habla de su mujer.

El amor conyugal toma algunas veces la forma de pronombre: lo cual no es clásico, pero es cierto.

—¿Qué hay de posadas, compadre? dice por fin el agente de negocios.

—¿Qué posadas! si no pagan más que á cuatro y medio.

—¿Y qué?

—Que pierdo el dinero

—Tengo marchante.

—¿Sí? ¿A cómo?

—A seis.

—No, compadre....

—Por vida de usted.

—¿A plazo?

—Estoy trabajando porque aflojen.

—¡Ah! no es casa fuerte.

—Son los gachupines de ahora un año.

—¿Por fin, pagaron?

—Sí.

—En fin, usted sabe.

—Aseguraré la venta.

—Bueno.

—Negocio concluido.

—¿Hay posadas? entra preguntando una polla, que acababa de pintarse de blanco de una manera feroz.

—¿Cuánto me das por la noticia? le preguntó á la polla el agente de negocios.

—Una danza.

—¿Nada más?

—Y un schotish.

—Bueno: pues hay posadas.

La polla se puso de un salto en la pieza contigua, y recorrió en seguida toda la casa, propagando la placentera noticia.

—¿Conque *la armamos*, nó, compadre?

—*La armaremos*, compadrito, como ahora un año.

—Y ahora estarán mejores, porque vienen Sánchez y Amalia, y la Chata, y todos los de allá.

A estos personajes los puede conocer el lector en la novela que ha publicado Facundo con el apetitoso título de LAS JAMONAS.

El agente de negocios se fué á vender el pescado, y la mujer del corredor entró al despacho de su marido.

—¿Qué quieres?

—Es que.... las muchachas....

—Ya sé.... subsidio extraordinario.

—Pues como quieras: yo lo decía porque los vestidos verdes ya no están capaces.... por mí.... y aun por ellas nada importa; pero en fin.... tu posición.... ya sabes lo que son las gentes.

Entretanto el corredor escribía unas líneas en una tarjeta.

—Toma.

—Hemm.... murmuró la esposa; ¡si ya lo sabía! ¡eres tan bueno!

Aquella tarjeta cayó entre las pollas, hi-

jas del corredor, como un aereolito de oro (si los hay) y al día siguiente la casa del corredor era un bazar de lienzos blancos, cintas, adornos y encajes, que no había más que pedir.

II.

Dejáronse cuotizar sin oponer la menor resistencia un escribiente de la Tesorería, un pollo fino, cuyo papá es matancero, un escribano, dos diputados por Estado lejano, un español, novio oficial de una de las niñas de la casa, y un elegante que se llamaba Enrique.

El corredor de número tenía además hijos, sobrinos, primos, cuñados y todo lo necesario.

Estableciéronse todas las comunicaciones con los novios; se propagó la noticia de las posadas de boca en boca; se hicieron las convenientes invitaciones, y la casa del corredor se declaró en sesión permanente, teniendo por único asunto la importante cuestión de las posadas.

La hija mayor del corredor de número se llama Lupe, y se distingue de las demás pollas por la manera de peinarse.

Su cabello tira á azafranado, y es abundante: Lupe se lo alborota furiosamente y suele ocultar entre los *crepés*, que le sirven de armazón á la torre capital, algunos retozos de gro negro y otras menudencias.

La cabeza de Lupe es incomprensible; ni habría peine ni paciencia bastante para deshacer aquel amontonamiento de greñas, que se sublevan en todas direcciones, y sobre las cuales suele descollar una moña roja como una flor de nopalillo entre malezas.

La hermana de Lupe se llama Aurelia, y se distingue de su hermana en que se blanquea horriblemente, se pierde, desaparece detrás de un verdadero tabique de albayalde, en el que, á manera de cicatrices sanguinolentas, se asoman los ojos y la boca.

Lupe tiene novio que la visita, y Aurelia novio que la hace el oso á la oración.

Como el corredor de número no es muy viejo, ha tenido tiempo de entrar en la mo-

da de los nombres raros, y tiene un hijo muy bruto que se llama Salomón, y una niña de diez años que se llama Lucrecia.

La mujer del corredor está fresca, á pesar de sus cinco hijos.

Esta opinión no es nuestra, sinó del agente de negocios, que como es compadre de la señora, ha tenido ocasión de juzgar con sus propios ojos; y fiamos tanto más en su testimonio, cuanto que al agente le parece todavía mas fresca la señora que á su propio marido.

Hay más; el agente de negocios tiene el valor civil de sostener esta opinión aún á la misma señora fresca.

—No puede ser, compadre, le dice ésta; sobre que mi marido que me conoce bien dice que estoy muy acabada.

—Esas son cosas de mi compadre, ya lo conoce usted; no le haga usted caso.

—Vamos á ver, dice el agente de negocios, que por otra parte es hombre de expedientes. Póngase usted su vestido color de rosa una noche de estas.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTES DE OCA

—¡Dios me libre!
—¿Cómo Dios me libre?
—Sí; ¿no ve usted que está muy escotado?
—Precisamente por eso lo digo á usted, comadre; con ese vestido tiene usted diez años menos.

—¡Ah, qué compadre!
—Positivamente; al grado de que se confunde usted con sus hijas.

La mujer del corredor soltó una de esas carcajadas que sólo es capaz de soltar una mujer, y no así como quiera, sinó una mujer galanteada.

La risa ocupa un término medio entre las palabras y las acciones. Si la mujer no supiera reírse, adios mujer. Estas angelicales criaturas vienen al mundo con su provisión de risas, quiero decir, con su Santa Bárbara, con sus municiones de boca y de guerra, con todo lo que necesitan, en fin.

¿Para qué quieren más?

Esta risa de la mujer del corredor era de las de superior calidad; eminentemente dramática.

El agente de negocios se hundió en un piélago de conjeturas; y vean ustedes lo que son los hombres, ¿van ustedes á creer que sólo por esa risa se propuso el agente de negocios muy formalmente descifrar el enigma que encerraba?

Nuestro hombre sintió con la risa la misma comezón que con una charada difícil.

Guardó silencio, se quedó pensativo, y al cabo de un rato dijo:

—Comadre, por qué se rió usted?

—Por nada.

—¿Cómo por nada?

—Sí, por nada.

—¿No me lo ha de decir usted?

—No.

—Pues yo lo he de averiguar.

—¡Curioso!

—No... no es precisamente curiosidad.

—¿No? ¿pues qué?

—Dígame usted por qué se rió.

—Curioso; otra vez curioso.

El agente se volvió á quedar pensativo. De repente su comadre se volvió á reír.

—¡Pero comadre!....

La comadre se rió más.

—Es usted muy risueña.

La comadre se desmoreció, se rió á reventar.

.....
Era muy risueña la mujer del corredor de número.

III.

De repente ya la señora fresca no se rió.
Había entrado su marido.

Con razón no se rió; un marido no es cosa de risa.

—Vamos á ver, compadre, dijo el marido; ¡á quién le toca la primera noche!....

—A mi hija Aurelia, interrumpió la señora.

—¿Y los otros muchachos? objetó el corredor.

—Bueno, pues esta noche á Salomón.

Como si hubieran adivinado ya, los cinco hijos del corredor estaban rodeando á su mamá.

—Esta noche le toca á Salomón la posada.

—¡Y á mí! ¡y á mí! ¡y á mí! dijeron todos.

—¡Silencio! gritó la mamá: esta noche á Salomón, que es la primera; mañana á Lucrecia; la tercera á Lupe; la cuarta á Pepe; la quinta á.....

—La quinta á mí, dijo el agente.

—La sexta á Enrique, dijo el corredor.

—Eso es: Enrique es riquillo, que afloje.
Lupe se puso colorada.

—¿Qué es eso, Lupe? dijo el agente con intención.

—¡Compadre! murmuró la señora en tono de dulce reconvención. La sétima.....

—La sétima, veremos, dijo el corredor.

—La octava, á mí, dijo su mujer.

—Y á mí la Noche buena, ¿no es eso? dijo el corredor: en resumidas cuentas á mí todas.

—No: ¿cómo todas?

—Casi.

Ese día el corredor salió á sus negocios y

el agente difirió los suyos, menos uno: el de la risa de su comadre.

Tenía razón la señora: el agente de negocios era muy curioso.

Volvió el corredor, y encontró allí á su compadre: entonces fué el corredor el que entró á su casa tapándose las narices.

—¿Qué hay? preguntó al entrar.

El bisilabo *mucho* revoloteó en la imaginación del agente y de la señora, y los dos á una voz contestaron:

—*Nada.*

—¿Y el pescado? preguntó el corredor.

—¿El pescado? repitió el agente, como cogido con un anzuelo.... ¿el pescado, decía usted, compadre? y pillando en el aire una de esas ideas pícaras que se le van á uno como azogue, dijo:

—Hasta las cinco.

Eran las dos.

—¡Ah! dijo el corredor.

—Sí, dijo el agente, arrojando más aire del que se necesita para una simple sílaba.

—Pues comeremos, compadre.

—Comeremos, dijo el agente.

Y comieron.

En la mesa, el agente estuvo mas atento que de costumbre.

—Que le calienten á usted el pulque, compadre; está haciendo un frío atroz y usted está un poco constipado.

—No, ¡qué disparate!...

—Sí, sí, compadre: á ver, que le calienten el pulque á mi compadre.

El corredor pensó:

—¡Qué fino es mi compadre!

La señora pensó á su vez:

—¡Qué vivo es mi compadre!

El corredor tomó el pulque tibio.

En la tarde, la mamá y las niñas se fueron á la plaza á comprar unos Santos Peregrinos, *lama*, *heno*, velas y colación corriente.

El agente se dedicó á vender el pescado.

El corredor volvió á salir á sus correderías, que por más señas no le dejaban hacer pié en su casa.

A las siete llegaron cuatro músicos, de

los cuales tres habían desempeñado sus instrumentos hacía dos días.

En casi todas las casas de empeño de México hay en depósito todo el año, veinte, treinta y hasta cincuenta bandolones y guitarras; pero en Diciembre todos esos instrumentos se desempolvan y salen á hacer su aniversario de posadas, para volver á encerrarse en Enero.

Llegaron los convidados, y entre ellos el novio de Aurelia: llegaron también hasta tres señoritas, con acompañamiento de seis viejas y diez muchachos; y un momento después, la mujer del corredor, hincada ante un cajón de su ropero, que se había convertido en *andas*, se santiguaba devotamente.

—Señor mío Jesucristo.... ¡qué tonta soy! no nos hemos puesto de acuerdo en la tonada. Maestro, dijo dirigiéndose á los músicos, á cada *Gloria Patri*, ya sabe usted, y agregó cantando:

«¡Oh, peregrina agraciada!

¡Oh, bellísima María!

Yo te ofrezco el alma mía

Para que tengas posada.»

Los músicos preludiaron la conocida canción, y la señora empezó de nuevo:

—Señor mío Jesucristo, etc.

Llegó el momento de cantar la letanía; ¡pero en latín! ¡y qué latín! Los Santos Peregrinos debieron alegrarse de ser de barro y de no haber entendido una palabra: en cambio la concurrencia no era mas fuerte que los Peregrinos en este hermoso idioma, muerto afortunadamente.

Aquel momento fué propicio para juzgar de un solo golpe las distintas impresiones que producía el rezo en los concurrentes.

La señora, rodeada de todas las viejas y de las criadas de la casa, tomaba la cosa por lo serio y rezaba hasta con unción piadosa.

Las pollas rezaban pensando en otra cosa.

Los pollos se reían y se hacían señas de inteligencia: hacían alarde de burlarse de aquello, y alguno prorrumpía en un *ora pro nobis* con voz de pecho. Esta calaverada caía mucho en gracia á los otros pollos, que á

su turno gritaban también y ellos mismos creían que estaban muy divertidos.

El corredor y algunos amigos graves se habían estacionado en una puerta, aunque cada uno con su vela, para ver desfilan la procesión.

Los niños que llevaban las andas iban ufanos de su encargo, y otros hacían sonar unos pitos de carrizo, que entre todos los instrumentos de música son lo mas inarmónico y desagradable que puede sonar.

Los peregrinos, que *venían cansados*, como Rocha, *de andar los caminos*, pidieron posada, que tardaron en concederles por temor *de que fueran los ladrones que querían robar*, hasta que por dentro llegaron á decir:

Abranse los puertas
Rómpanse los velos,
Que viene á posar
El Rey de los cielos.

Se repartieron cacahuates, confites y tejocotes á los concurrentes, y acto continuo

comenzó el baile. Lo primero que hizo el agente de negocios fué sentarse junto á su comadre, y en seguida la preguntó:

—Comadre, ¿por qué se rió usted?

La comadre no contestaba más que esto:

—¡Curioso!

El agente se aventuró á bailar con su comadre.

El corredor le celebró este arranque de entusiasmo coreográfico.

—Bravo compadre, ¡así me gusta!...

—Qué quiere usted, compadre! le contestó el agente.

Y rompió á bailar.

—Sabe usted, le dijo un concurrente á otro, que huele mucho á pescado.

—Está ese patio... contestó el interpe-

lado.
Entretanto, al agente de negocios le seguía haciendo cosquillas la risa de su comadre, y á ésta la seguía haciendo cosquillas la curiosidad de su compadre.

Al corredor no le hacía cosquillas nada todavía.

IV.

Se notó á la segunda noche que hacían falta algunas copitas de licor y unos bizcochos, tanto más, cuanto que se esperaba más gente.

Efectivamente, á la segunda noche circularon á la hora del baile algunos platones con *puchas, soletas, rodeos, polvorones y chufletas*, unas rebanaditas de queso fresco, y licores de *Perfecto-amor, garuz, canela, vainilla y almendra*, y no se omitió el ordinario tejocote ni el *tostado de horno*.

En cambio, la concurrencia fué mas numerosa, y el corredor empezó á ver en la sala fisonomías que le cogieron de nuevo absolutamente.

Todavía esa noche el agente no había logrado saber por qué se había reído su madre.

—Estoy á punto, decía, de ponerme serio, de recibir como una ofensa la negativa de usted, comadre.

—Hará usted mal.

—¿Por qué?

—Porque eso no vale la pena.

—Sí vale, porque mi amor propio...

—No debe usted formalizarse.

—Si usted me fuera indiferente...

—Ya sé que no lo soy para usted, y se lo agradezco.

—Sí, pero sé que nada valgo.

—No lo siente usted así.

—¿No?

—No.

—Si valiera yo algo...

—¿Qué?

—Me diría usted por qué se rió.

—¡Otra vez!

—Perdóneme usted, pero he de insistir.

—¿Y si no se puede decir?

—¿Era burla?

—No.

—Entonces...

—Me pone usted en una tortura.

—¿Se rió usted de mí?

—No.

—¿Le parezco á usted ridículo?

—Al contrario.

—¿Quiere usted hacerme rabiar?

—Un poquito.

—¿Y después?

—¿Después?

—Sí.

—Ahí viene *ese*.

Ese venía á ver lo que estaba haciendo *esa*. *Esa* comenzó á estar cariñosa con su marido.

—¡Qué gusto me dá verte tan contenta! le dijo á su mujer.

El agente de negocios sacó cigarros y ofreció á su compadre.

—¿Pero qué estás haciendo compadre? ¡si yo no fumo! ¡de cuándo acá!

—¡Ah, es verdad! estaba tan distraído...

—La mujer del corredor que, según sabemos, era muy risueña, comenzó á reírse.

—¿De qué te ries?

Y como si su marido le hubiera dicho *rie*, la señora se soltó riendo hasta desmorcerse.

Al corredor no le gustó entonces la risa de su mujer.

¿Por qué sería?

El agente de negocios fué á la casa de su compadre en la mañana siguiente, y manifestó gran entusiasmo por las posadas. Llevaba unos farolitos de papel para adornar el corredor, y opinó porque como la cosa se iba formalizando, debía darse la colación en alcartacitos de papel, porque probablemente aquella noche iría el señor Sánchez con su familia, y llevó noticia de que tenía muchas esperanzas de colocar el pescado.

Otra esperanza estaba alentando al agente, y era ésta:

Al fin su comadre le había ofrecido explicarle lo de la risa.

Se nos había olvidado decir que la mujer del corredor se llamaba Esperanza.

La tercera noche la concurrencia fué todavía más numerosa y estuvo mas animada, porque empezaron á hacerse las amistades; y ya pollos y pollas traían un tragín de danzas ofrecidas, y de deudas, apuntes y